



Libertad



Y son fieras



SEMANARIO DEL FRENTE

DIVISION 42
C U E N C A

AÑO I

NUM. 2

El espíritu de la raza, no muere. La flor del heroísmo, a través de los siglos, es consustancial, con las mujeres y con los hombres de España. ¿Quién puede negar que en estos instantes mismos no se evoca a toda hora la emoción de esta escena goyesca? Un pueblo que es capaz de defenderse de toda invasión, no puede ser humillado.

BALANCE SINCERO

A los once meses de lucha

Venceremos. Pase lo que pase, venceremos

Camaradas soldados:

Hace once meses justos en este día que comenzamos la guerra a muerte que sostenemos. Durante este tiempo, hemos tenido días de amargura y días de gloria. Días en que la suerte adversa de nuestras armas, la traición de unos generales felones y la ayuda interesada de varios países extranjeros pudieron hacernos temer que para nosotros estuviera perdido todo. Hubo, en cambio, jornadas esperanzadoras, cuando las hordas enviadas por el capitalismo mundial huyeron a la desbandada; cuando fuimos uno tras otro liberando a los pueblos; cuando abrimos, a golpes de heroísmo, este camino triunfal del que nada ni nadie nos podrá separar. No hemos ganado la guerra aún. No la hemos ganado, porque no peleamos tan sólo contra los militares enemigos del pueblo, contra los terratenientes y los señoritos. Peleamos contra todo el capitalismo mundial. Pero ya hemos recorrido la parte más penosa del sendero; ya hemos ascendido hasta la cumbre de organizar un Ejército maravilloso, y de ahora en adelante el fascismo no conocerá más que el acre sabor de las derrotas.

Nada importa que un día pueda parecer la situación difícil ante las divisiones de camisas negras o los regimientos de la Reichwehr. Hemos cruzado trances mucho más amargos, situaciones desesperadas, y siempre supimos salir con bien. Recordad, si no, el 19 de julio. En aquella fecha todo estaba en contra nuestra. Las guarniciones de media España se habían sublevado con las armas robadas al pueblo. Las guarniciones de la otra media no tardarían muchas horas en sublevarse. Teníamos enfrente a todo el capitalismo español y a todos los hombres armados. No contábamos más que con un pueblo que no sabía manejar los fusiles y con unos núcleos reducidos y heroicos de la fuerza pública que se mantuvo leal. La lucha, desigual, trágica, parecía decidida de antemano. Y, sin embargo, el pueblo supo vencer a sus enemigos. En Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Vizcaya, Asturias y parte de Andalucía, los trabajadores tomaron a pecho descubierto los reductos traidores. Cayeron muchos. Cayeron hombres del temple recio de Francisco Ascaso. Pero quedó trazado el camino que seguiríamos en la Sierra y Guadalajara, en Toledo y en Aragón, en el Norte y en las campiñas cordobesas. La rebelión fué aplastada por la mano de hierro del proletariado español. La guerra habría ter-

minado en poco tiempo, de no acudir Mussolini, Hitler y Oliveira Salazar en ayuda de sus lacayos españoles.

Luego, meses después, cruzamos otro momento trágico. Fué en los últimos días de octubre y primeros de noviembre, cuando, faltos de material bélico, veíamos el constante avance de las hordas extranjeras sobre Madrid. Tanques italianos, trimotores alemanes, legiones de moros, abrían al ruta por donde la traición quería llegar al corazón de nuestra España, a la capital invicta de nuestra revolución. Hubo un instante dramático como pocos. Mientras los cobardes huían de Madrid, rifeños y yebalíes se desparramaban sobre las calles de Carabanchel, entre las arboledas de la Casa de Campo y pretendían penetrar en las avenidas de la ciudad. Todo podía creerse perdido entonces. Y todo lo ganó también el espíritu único de un pueblo sin par en la historia. Clavados los pies en tierra, los obreros—U. G. T. y C. N. T., unidas en abrazo de gloria y muerte—resistieron en los parapetos. A cientos, a millares murieron los enemigos del pueblo. De nada sirvió que von Franco lanzase sus legiones al asalto. De nada que empleara sus mejores generales. Todos fracasaron. Las hienas fascistas se rompieron los dientes contra la muralla de corazones que defendía nuestro Madrid.

Después de esto, luego de haberlo perdido todo y haberlo sabido ganar todo a fuerza de coraje, ¿qué pueden importarnos ya situaciones difíciles, momentos de mayor o menor apuro? Nada. Hoy tenemos todo aquello de que carecíamos en julio y noviembre. Hoy tenemos un Ejército invencible. Hoy tenemos armas poderosas. Hoy tenemos, grabado a fuego en todos los corazones, un noble y limpio ideal. Ya no luchamos sólo por la redención del proletariado, por la liberación de los trabajadores de España. Hoy peleamos también por la independencia de España, hollada y escarnecida por la planta de los invasores italo-germánicos.

Venceremos. Pase lo que pase, venceremos. Nada ni nadie podrá torcer nuestro camino triunfal. Pasará hoy Euzkadi por horas graves. No importan. Las hordas extranjeras no pasarán. Por encima de todas las divisiones extranjeras, los obreros españoles—a quienes los trabajadores del mundo han entregado la antorcha de sus libertades—sabremos vencer.

José VILLANUEVA,
Comisario de la 4.ª División.

PROA

PROA de los pueblos del mundo, tajamar agudo de libertades que rompe las aguas turbias y cenagosas del egoísmo y de la opresión, que pretendieron ahogarles con sus delétereas emanaciones, son los hijos del pueblo español que derraman su sangre generosamente en los campos de batalla.

Vanguardia de la humanidad, con hondo sentido trágico del momento trascendental que vive, aguza sus ansias en brillo de aceros nuevos y con la seguridad de lo inexorable, abre entre las filas de los invasores, los huecos por donde se deslizarán raudamente las naves invencibles de la libertad de los pueblos.

Tersa y brillante superficie impoluta, capaz de surcar el piélago inmenso de los malos deseos, sin que una huella aminore su esplendor; así es el alma del pueblo que frente a todas las tiranías hace crujir su fibra heroica, para

que de entre las tierras revueltas de nuestros campos, surjan los pedestales gigantescos que han de sostener en alto, al alcance de las miradas de

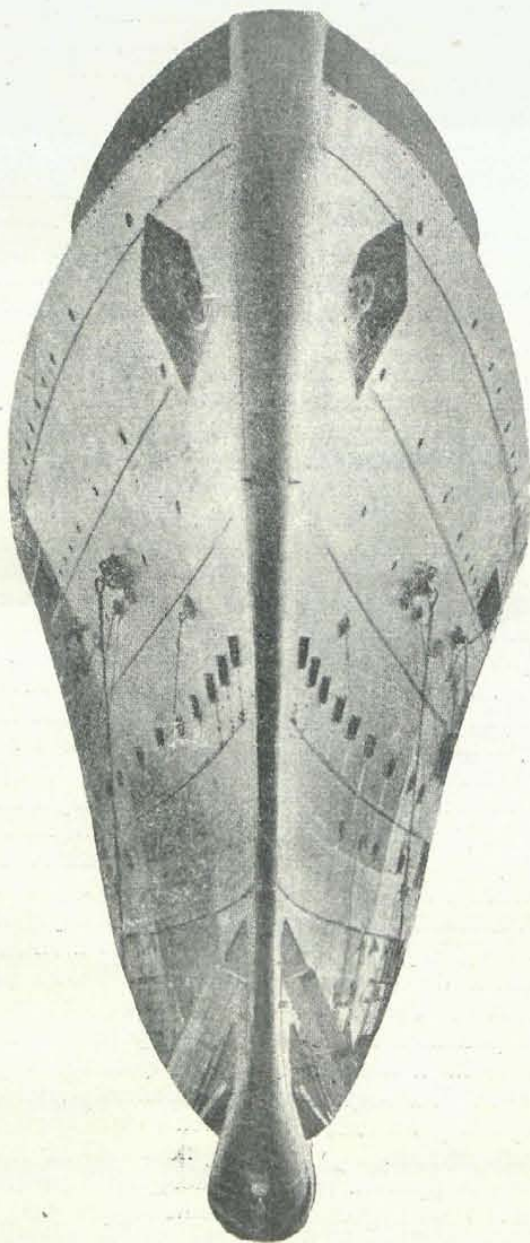
toda la humanidad, el símbolo rotundo de nuestra liberación definitiva.

Los hijos de la España trabajadora y oprimida, han roto las cadenas que los sujetaban en el banco de los forzados, y tensos sus espíritus en

afanes de nuevas auroras, son exponente agudo y rotundo de todos los que derramados sobre montañas y llanuras por vergeles y estepas, esperan la hora solemne de libertad que ya se anuncia con los clamores de victoria de nuestros soldados

Proa, valor de línea y acero, rebri'lo de tuercas nuevas en la gigantesca máquina de la historia de las más anheladas conquistas. Proa, luz de líneas exactas, confín de triunfos rotundos, alma de pueblo, con palpito de lucha y de libertad. Proa, búcaro de anhelos rotundos, entraña de rapidez y de vuelo seguro, entre pasiones y dolores: a tus lienzos de acero se ciñen las esperanzas del mundo que se pliegan

a la caricia de tu paso, para que sobre las ruinas de las civilizaciones caídas, se haga la luz exacta del alba clara de la libertad y de la justicia.



REALIDAD

La ofensiva de arte ibérico

Para algunos se reduce a pequeñas escaramuzas de trincheras; al ataque solapado hecho desde el interior de los reductos, con el fin de mantener en alarma a los compañeros, más bien que al enemigo. El horizonte de esta clase de combatientes se limita a la línea ondulada de los parapetos. Más allá todo les parece extraño: la tierra, que no está al alcance de sus fusiles, y las gentes, con las que nunca intimaron, no tienen para estos presbitas soldados de leva, acogidos también a una bandera exigua, más interés que el de su modesta vecindad.

Ahí los tenemos agazapados durante tres estaciones, sin que sus cerebros hayan sentido el estímulo de asomarse a otros panoramas; continúan encerrados igual que los quelonios en sus conchas, y si alguna vez salen de ellas, es para devorar lo que encuentran a su alrededor.

En ese egoísmo concentrado y ruín está la clave de su inutilidad. Porque ninguno de los que voluntariamente se entregaron a la lucha contra un enemigo que venía a hundir a toda España en la más abominable de las esclavitudes, llevaba en sus mochilas clase alguna de factura que presentar para en caso de triunfo. Y, sin embargo, aquellos que vinieron a última hora, cuando ya el peligro había sido apartado centenares de kilómetros, montaron los fusiles y se dispusieron a hacer ruido para llamar la atención; más, cuando oyeron las órdenes de avance, ellos evolucionaron con dirección a sus respectivos domicilios.

Ahora se proyecta una ofensiva a fondo. Trátase de arrojar al enemigo para arrebatárle las cosechas que están a punto de madurar.

Por los dilatados campos donde las altas mieses prometen un botín cuantioso, los hijos del pueblo han de ir avanzando sin titubear, para traer a sus familias la promesa de un invierno menos precario que el anterior; para estimular con su heroísmo a los compañeros de profesión y que estos sigan en los talleres, en las fábricas y en los tajos, el esforzado ejemplo que ellos les dan frente a la muerte; para despertar en los hermanos

de clase, que desde todos los países contemplaran la marcha de este Ejército de la libertad, el deseo de liberarse ellos también de la pesadilla de una próxima guerra, que pudiera acabar con todos sus menguados privilegios.

Todo esto ha de resonar sin duda alguna como una proclama incitadora en el camino de nuestros soldados, cuando negue el momento de la ofensiva general. Pero los que aquí quedan han de procurar no hacer la parodia ridícula de una guerra de posiciones. Han de ir saliendo de sus escondrijos, y a la luz del día, completamente desarmados de envidias, pero fuertes de razones, han de colaborar en la obra de reconstrucción, si no quieren morir de vergüenza por el lamentable espectáculo que ya vienen dando demasiado tiempo, con sus querenas y su obscurionismo, frente a un pueblo intensamente entregado a conseguir la victoria de sus ideales.

Estamos harto enterados de toda esa clase de expedientes a que los bravos de la reaguarda acuden para distraer el panico. Pero tenemos confianza en que se habrá convencido todo el mundo ya, de que si no vamos a buscar al enemigo y a vencerlo en sus mismos reductos, la guerra se nos entrará por casa y no quedará de todo esto, que ahora algunos quieren disputar, ni la más leve pavesa.

Para conservarlo, para tener derecho a disfrutar mañana de una tranquilidad dolorosamente adquirida, es necesario ir a buscarla allá donde nuestros hermanos están derramando su sangre, y no pretender obtenerla desde estas oficinas públicas, donde lo más que nos podemos conceder es el derecho a trabajar intensamente en una organización que ayude y no entorpezca a la obra común.

Déjese, pues, de apuntar las armas de todas las categorías hacia el compañero que a nuestro lado coadyuva a esta imprescindible labor reconstructiva. Nuestro objetivo ha de ser mucho más amplio. Está bien alejado de nosotros; tras los montes que nos cierran la perspectiva, adonde ni aún llegarían los disparos que quisieramos hacerle con nues-

tras piezas de gran calibre. ¿Por qué entretenernos en paquear al modesto vecindario? Es inútil, dispendioso y, sobre todo, de una formidable ridiculez. Y llegaron los tiempos de sentirse hombres y no

payasos, luchadores y no poemistas; plebe disciplinada y aguerrida y no aristocracia cerril y cobarde. Quedan todavía varias antítesis: La ofensiva de corte ibérico, o la retirada a estilo italiano.

POR UNA ERA NUEVA

Todos los jóvenes revolucionarios, tenemos el deber de combatir el vicio

Bajo mi poca inteligencia me decidí a dirigir estos renglones a los jóvenes que como yo luchan por la libertad y la justicia, para poder formar una España limpia de toda clase de vicios, donde no se conozca el vicio que tanto mal ha ocasionado siempre a la humanidad, tal como el juego, la prostitución y el alcohol.

Puesto que los jóvenes que luchamos no solo desear la sublevación militar fascista, sino desear que apenas tengamos conocimiento de causa, por redimir a la humanidad de toda esclavitud material y moral, y por la creación de una sociedad feliz, los jóvenes militantes, sean de las J. S. O., de las J. L. O. o de las que fueren, tenemos que desplegar una amplia labor para redimir a la juventud de los hábitos viciosos y hacerle practicar los verdaderos principios morales. La juventud toda es la que con su conducta tiene que dar magníficos ejemplos de moral y conciencia, convirtiéndose en verdaderos anatemas a los de los hábitos burgueses, de esa moral amorala, que solo conduce a la degeneración y a la depravación mas grosera, y esta amenazando con la extinción de la especie.

Por eso los jóvenes debemos, en todo momento, reprimir, incluso en público, a los que practican la vagancia cuyos responsables son los vicios, empleando argumentos contundentes y haciendo razonamientos que prendan en las imaginaciones de los jóvenes viciosos, hasta hacerles ver lo perjudicial que para la sociedad es, y para ellos mismos, la vagancia y los vicios. Hay que crear una conciencia colectiva en todos los jóvenes, de manera que con ella practiquen la moral, pero la moral en el significado que para nosotros tiene.

Cuando esa conciencia sea un hecho en la masa del pro-

letariado, todos, absolutamente todos, despreciarán y apartarán a un lado los vagos y los degenerados.

A los viciosos hay que patentizarle esta verdad incontrafuerza: el trabajo ennoblece, dignifica y conduce al hombre a seres conscientes; el vicio embrutece, degenera y convierte al individuo en un inconsciente animal.

Todos los militantes han de hacer que toda la juventud trabajadora asimile y lleve a la práctica esta necesaria y permanente consigna: trabajo obsesivo y disciplina revolucionaria. Hay que machacar mucho sobre esto para que llegue a la conciencia de todos.

De los vicios más corrientes nos vemos de combatir con mas intensidad, por la amplitud que han llegado a tomar: el alcoholismo y la prostitución.

El alcoholismo es una de las pagas de la sociedad. El alcoholismo empieza bebiendo por vicio y termina haciendolo por necesidad.

La prostitución es otro de los males que más bajas causan a la sociedad y peores enfermedades originan. La prostitución es una institución producto del régimen capitalista. Antes de la existencia de este régimen, la prostitución no existía, ni después de la destrucción del capitalismo, en la nueva sociedad, podrá existir, dadas las relaciones económicas y sexuales de la sociedad por que luchamos.

En fin, todos los jóvenes marxistas o libertarios, hemos de trabajar por una nueva sociedad que no conozca de la miseria, la explotación, la injusticia y el parasitismo, y donde la honradez y la moralidad ocupen el primer plano, mientras que los vicios y la vagancia sean eliminados.

Monterde, 15 junio 1937.

M. ORELLANO.

CULTURA Y ENSEÑANZA El mandato de

El problema de España es un problema de cultura.=Ramon y Cajal.

la sangre

Soldados del pueblo. Hombres que abandonasteis vuestros hogares para ahogar al fascismo y con él a la incultura y a la injusticia social en que vivía nuestro pueblo.

Trabajadores, proletarios que hemos carecido, porque una sociedad corrompida y suez nos ha negado todo derecho a una existencia feliz y digna, no solamente de paz y trabajo, sino que inclusive se nos ha negado el acceso a las aulas y centros donde, al cultivar el cerebro, se adquiere cultura y civilización dignificando al hombre y a la humanidad.

Nosotros, los hombres que hemos carecido de todo, porque cometíamos la torpeza de nacer desheredados, de bienes y riquezas materiales pero con el tesoro de un espíritu fuerte, sano e indomable; nosotros, que carecemos de cultura y que fuimos despreciados por las clases predilectas, tachados de salvajes e incivilizados, porque tuvimos la honra de no nacer de los vientres prostituidos de duquesas o adinerados, de quienes, ¡oh paradoja de la vida!, éramos los sirvientes, los servidores; nos ha confiado la Historia la más hermosa y grande misión que jamás fué confiada a la Humanidad. Tenemos dos obligaciones que cumplir y las cumpliremos; la primera romper para siempre el yugo de la opresión, y la segunda abrir de par en par las puertas de

aulas, escuelas y colegios y cátedras, para que todos los hombres cultiven sus cerebros y para que los talentos no mueran, como durante siglos ha ocurrido en la ignorancia.

Camaradas, adelante con nuestro esfuerzo, y ya que tan alta misión nos ha sido confiada, cumplámosla con entusiasmo y decisión, sin regatear esfuerzos ni sacrificios, para demostrar al mundo que nuestro pueblo inculto e ignorante, tiene conciencia exacta del papel que se juega entre el mundo que se jacta de civilizado, y sabe por qué y para qué lucha surgiendo de las ruinas de la España que deshonran ineptos y parásitos, queriéndola tiranizar y esclavizar. Una patria nueva, libre, feliz y culta, donde el trabajo sea un honor y la cultura el patrimonio de todo ser.

Nosotros, los soldados, los hombres en quienes nuestro pueblo, nuestros padres, esposas e hijos, han depositado la confianza para que hagamos de sus hogares un hogar sano y feliz, somos los que tenemos la obligación de señalar el camino de la cultura a los que tienen fija su mirada en nosotros, empezemos, pues, a estudiar, a aprender, a preparar nuestros cerebros para adquirir la cultura y los conocimientos que tan necesarios nos son, ahora para ganar la guerra, y después para hacer de nuestro pueblo un gran pueblo culto y feliz, que sirva a los demás

pueblos de enseñanza, de ejemplo y acaben también con sus tiranías, pues nuestra conducta les dirá que nunca podrá esclavo ser pueblo que sepa morir.

Así, pues, querido camarada, no pierdas las horas libres que te deja tu servicio; coge un libro; haz que aquel camarada que sabe más que tú te enseñe lo que tú ignoras o aclare lo que no comprendes, y de esta forma, poquito a poquito, irás adquiriendo los conocimientos que antes te fueron negados, y no dudes en pedir a tu Comisario aquellos libros o útiles que necesites para aprender lo que no sepas y desees saber.

Albaladejito, 12 de junio de 1937.

División 42.

A. Merino,



En estos momentos, aunque se asusten los mentecatos, aunque se solivianten todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; un sol se extingue, otro sol nace; que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.

Las palabras de vuestros jefes, las órdenes de los hombres que os dirigen en los combates que diariamente libráis contra el invasor son únicamente la traducción al lenguaje hablado de esas palabras que se escribieron sobre los campos de España con la sangre de vuestros hermanos caídos en esta lucha dura y cruel contra los hombres que sacudieron sus egoísmos de siglos y su vida regalada para intentar sujetar las ansias reivindicadoras de los trabajadores españoles.

Por la boca de vuestros jefes no habla un hombre, habla la sangre derramada por vuestros hermanos que os exigen el cumplimiento riguroso de vuestros deberes de combatientes de la libertad y de hombres lanzados ciegamente, sin mirar dolores ni sacrificios, hasta la victoria final en la guerra y en la revolución.

No son órdenes caprichosamente urdidas en sus cerebros sinceros y hermanos; son órdenes que nacieron en los mismos surcos hondos que recibieron los cuerpos desgarrados de vuestros hermanos que supieron del sacrificio sin límites y sin protestas. Que se inclinaron ante el acaso terrible que había limitado sus días jóvenes, llenos de luz y de vida, para que sobre sus huesos calcinados por los soles y por la lluvia se levantase el edificio radiante de la libertad y de la paz de todos los hombres de Iberia, de todos los pueblos del mundo.

Y vosotros, combatientes de la libertad, hombres que habéis aprontado vuestro esfuerzo tenaz y vuestro sacrificio heroico a la redención de vuestros hermanos de clase y de vuestros compañeros de vida oprimida, tenéis el deber ineludible de cumplir hasta el fin esas órdenes por duras que sean, por severo que sea el contenido de sacrificio y de dolor que ellas os impongan.

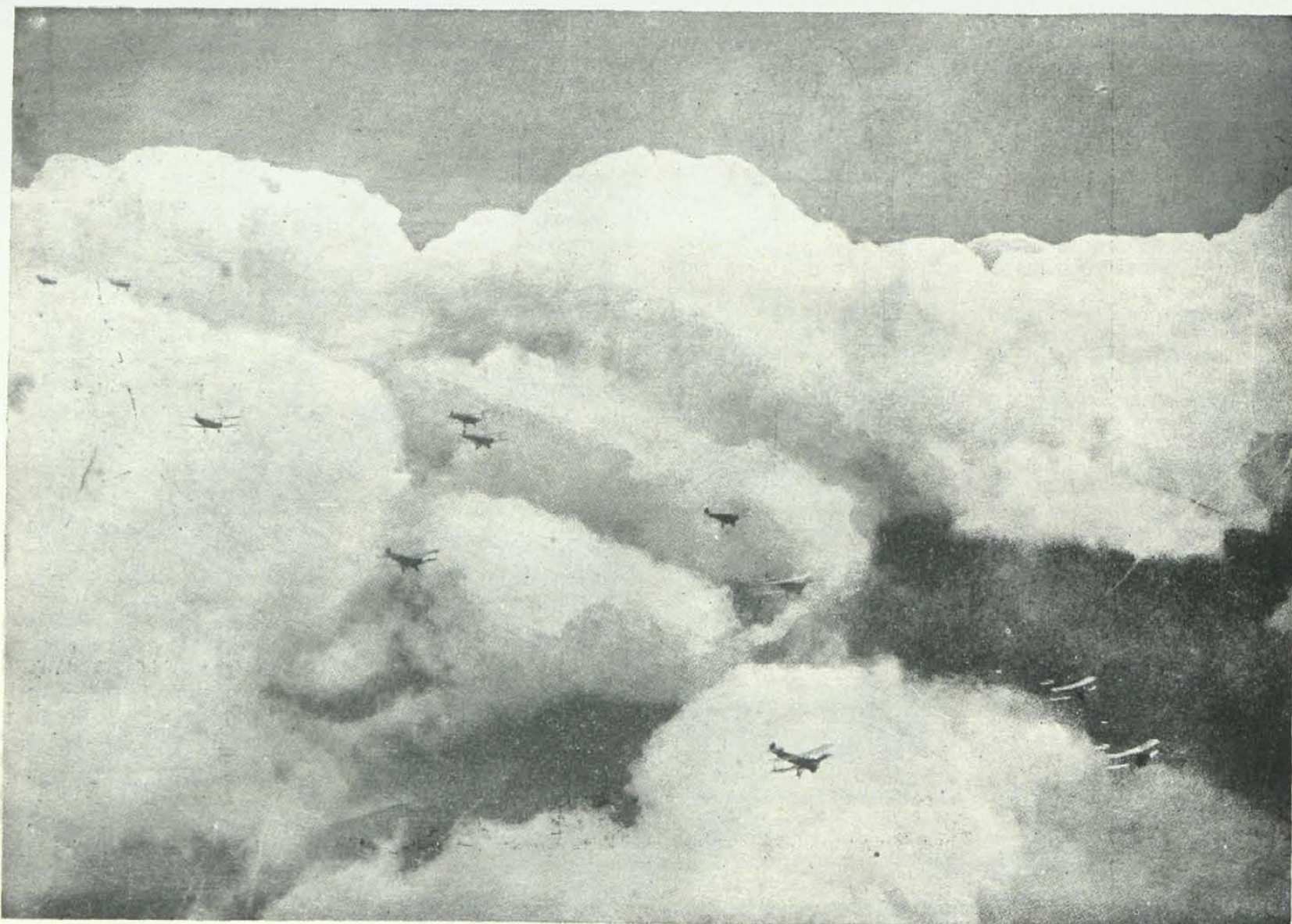
Otra cosa sería tanto como hacer traición a la sangre de vuestros hermanos inmolados a la furia satánica de la destrucción y de la guerra.

Hacia el objetivo



MINUSCULOS aceros entre cúmulos blancos bajo los cuales hierve la metralla, la sangre y el fuego, y un humo acre de polvora quemada hiere los ojos de los hombres que luchan unos por defender sus libertades, por asegurar su porvenir risueño, otros por servir a los amos que siempre los han considerado bien pagados cediéndoles un pedazo de tierra que basta para cubrir sus cuerpos, esos cuerpos de los que se marchó la vida por las innúmeras bocas desdentadas que abrieron en sus carnes torturadas el plomo o el hierro.

Pequeñas bestezuelas cantan sobre las nubes el rombar de sus motores, y el viento silva arrastrándose por sus sedas barnizadas temblando en el aleteo de los timones. Ellas saben su camino y saben también que allá lejos unos



hombres los esperan con alegría y otros los aguardan con temor. Es que de las nubes a la tierra hay más corto camino que de la tierra a las nubes.

¡Hacia el objetivo! Hacia el objetivo conducen su amasijo gracioso de acero y seda los hombres que son el corazón de esas máquinas que saben como nadie del dolor de las heridas agudas y de la alegría sin igual del luping que quiebra trayectorias de proyectiles.

Quizás otros aceros más pequeños, más rotundos, suban desde la tierra socavada, desde el escondijo verde de las ramas a las que la primavera hizo pomposas, a buscarles sus entrañas templadas, a querer derramar su sangre salida de cualquier pozo de petróleo perdido entre las lejanas y áridas estepas de oriente u occidente. Pero eso no importa; hacia el objetivo, hacia la victoria, no conduce con seguridad más que un camino recto y de aristas duras que es el sacrificio; el que algunas veces esas aristas habrán surcos hondos y dolorosos en un aliciente más de ese juego con el espacio y con la muerte; y en última instancia, siempre quedará fija en la retina de los hombres hermanos el último revolver con estela de humo y cortejo de llamas que es símbolo de deber cumplido, de inmolación a la causa suprema que hizo a esos hombres cabalgar sobre los perfiles limpios del aire. Ritmo de Victoria. Hacia el objetivo.

TEMAS SUSTANCIALES

EL PELIGRO DE LA PROPAGANDA SIMPLISTA

Hay, en mi opinión, una gran pérdida de fuerza por la propagandista simplista y sumaria, que no es buena más que si se quiere llegar a un nuevo sistema autoritario en el cual cada uno será colocado en su puesto por alguna fuerza superior. No obra más que sobre las pasiones y el impulso de ambición; el instinto imitativo son sus palancas. Se crea la ilusión de un progreso obtenido por una acción común, pero ¿no se puede comparar eso a la llamada aplicación de la electricidad en nuestra vida de todos los días en que un pequeño número comprende la cosa y sabe hacer sus instalaciones, mientras que la gran mayoría no aprendió más que a oprimir tal o cual botón? Eso es demasiado poco. Todos los esfuerzos verdaderamente productivos exigen la diferenciación y un aprendizaje serio y una oleada de propaganda no afecta habitualmente más que a los instintos imitativos más simples.

Una propaganda demasiado general atrae a un cierto número, pero por razones múltiples no tiene ningún efecto sobre otros muchos y muy a menudo las cosas quedan ahí. Las ideas de un partido son presentadas con la altivez del: hay que tomarlas o dejarlas, y entonces se les deja. O bien no se está contento más que con las conversiones completas, y las vacilaciones encuentran ya impaciencia, hostilidad y el recién venido se ve humillado, tratado como inferior por los rigoristas del dogma absoluto. Lo mismo ocurre con la propaganda por el periódico, en el que casi siempre se encuentra uno ante redactores que tienen siempre razón y creen necesario hacerlo sentir a quienquiera que promueva una duda. Ocurre así que muchas buenas gentes no son alcanzadas por los esfuerzos de la propaganda o se sienten rechazadas, lo que aumenta el gran número de los indiferentes o de los sectarios de ideas que les son presentadas más hábilmente. En realidad, la propaganda social ha mezclado sentimiento y pasión, inte-

rés personal y social, y razonamiento sobre lo que habría que hacer, proposiciones prácticas, hipótesis sobre el porvenir, y además las posibilidades y proyectos de acción, para formar un conjunto que pocas personas aceptan de lleno por verdadera comprensión y convicción, que muchos aceptan imitativamente y que, como conjunto, no agrada, no agrada nunca a otros muchos. Un «conjunto» cualquiera no puede encontrar una recepción mejor y es lamentable para la causa social discutida aquí.

Sería preciso ante todo presentar nuestra idea libertaria en el espíritu más amplio y menos sectario y demostrar su afinidad, en verdad su identidad con la idea del progreso general. La prosperidad de nuestra causa está inseparablemente ligada a la buena marcha de todas las manifestaciones de progreso. Nuestra causa es muy buena, pero sufre mucho por su aislamiento real. No puede florecer más que en un ambiente general propicio a todo progreso. De la simple miseria, de la cólera y de la desesperación no pueden surgir más que el «sálvese quien pueda» en alguna autoridad brutal, una autoridad colectiva, estatista o la autoridad del individualismo feroz del más fuerte entre los débiles. «Un espíritu sano en un cuerpo sano» se aplica también al porvenir social, y el advenimiento de una sociedad nueva libre reclama tanto la gestación más eugénica como el nacimiento de cualquier otro organismo viable. En no importa qué momento, tarde o temprano, cuando caiga el sistema presente, los hombres del mañana serán los mismos de la víspera, y el nuevo ambiente no puede cambiarlos por sí solo más que si han sabido ellos mismos edificar ese nuevo medio, que dependerá entonces de sus propias capacidades y voluntades. Figurarse que de una sociedad que se califica voluntariamente de «podrida» y a la que no se quiere atender porque debe morir, ha de salir una sociedad sana y libre, es como si alguien se figurase que de una

madre a quien se atreviese a llamar «podrida» y a quien no atendería ya, porque no valdría la pena, ha de nacer un hijo sano y viable. Figurarse eso es incurrir en mitología revolucionaria. La desgraciada Rusia del zarismo ha engendrado el feto enfermo del bolchevismo; y de la Italia del nacionalismo mazziniano ha surgido el monstruo del fascismo de Mussolini. Esas son advertencias terribles para proveer al «nacimiento eugénico de la nueva sociedad»,

despertando y salvaguardando todas las mejores fuerzas y reservas de libertad y de solidaridad que los hombres, felizmente, poseen todavía y siempre. No se recogerán los frutos si no se pone en tierra esa semilla, es decir, en la humanidad entera que vivirá antes, durante y después de todos los cambios, sobreviviendo a todo, como la tierra sobrevive a las semillas y a las cosechas.

Max Nestlau.

LETRAS SELECTAS

No envenenéis a la infancia

Reproducimos de "JUVENTUD LIBRE"

*Iban el aro y el niño
rodando por la mañana.
El sol con los siete rayos,
que tejen sus luces blancas
corría, siguiendo al nene,
sobre la arena regada.
Reía el niño gozoso,
driblando troncos de acacias.
Hilera de dientes nuevos,
rompiendo encías tempranas,
cortaban ramos de risas
desflorando carcajadas.
Llegaron unos hombrones,
de muy fornidas espaldas.
Tres camisetas traían,
tres camisetas portaban.
Una, negra, con negruras
de malas penas que matan;
otra, azul, como los lagos
que rebosan aguas claras;
otra, roja, como el hierro
que se ablanda en la fragua.
Los tres hombrones cogieron
al chaval entre sus garras.
«Ponte, nenito, la negra.»
«Vístete la colorada.»
El niño, que se reía,
coció pucheros de lágrimas.
La madre vino corriendo,
la madre llegó asustada,
la madre chilló con ira,
la madre gritó con rabia:
«Dejad al niño que juegue,
hombrones de retaguardia;
dejad al nene que salte
todo cuanto tenga gana;
dejad al chico que ruede
sus aros por la mañana,
¡Que bastante tiene el pobre
con los males que le aguardan,
cuando el sarampión le llene
de sarpullido escarlata;*

*cuando quiebre la difteria
las cuerdas de su garganta;
cuando pida pan, y yo,
que formo en las colas largas,
le duerma, dándole teta
sin la leche que me falta!
Dejad al niño que ría
todo cuanto tenga gana.
No le pongáis uniformes
que tienen rejas de jaula,
donde se quiebran sus vuelos
y las plumas de sus alas.
No hagáis como aquellos frailes
de conciencia ensolana
que formaban a los niños,
con una velita blanca,
en las tristes procesiones,
que nunca se terminaban,
tras imágenes de santos
de madera barnizada.
No les habléis del infierno,
con sus diablos y sus llamas,
para cambiarles la gloria
por lo mejor de sus almas.
Tiempo tendrá cuando tenga,
fuertes y grandes espaldas,
para saber qué colores
han de bañarle la cara.»
Calló la voz iracunda
de la madre disgustada.
Los tres hombres bajaron
la cabeza avergonzada.
El sol de los niños libres,
sembrando sus luces blancas,
quebró los siete colores
sobre las arenas pardas.
Y una voz desde los aires,
como en los cuentos de hadas,
gritó a los hombrones malos:
«¡No envenenéis a la infancia!»*

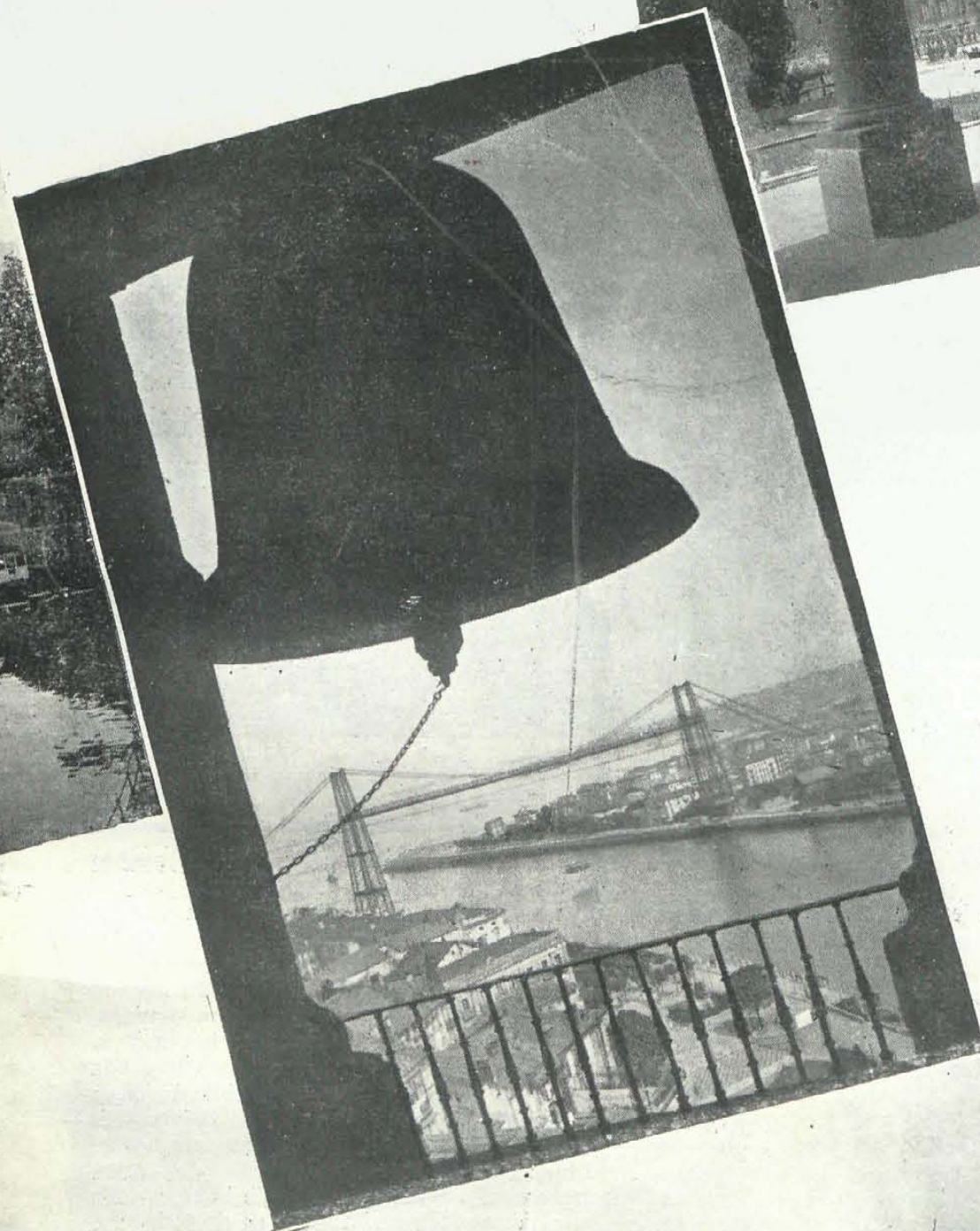
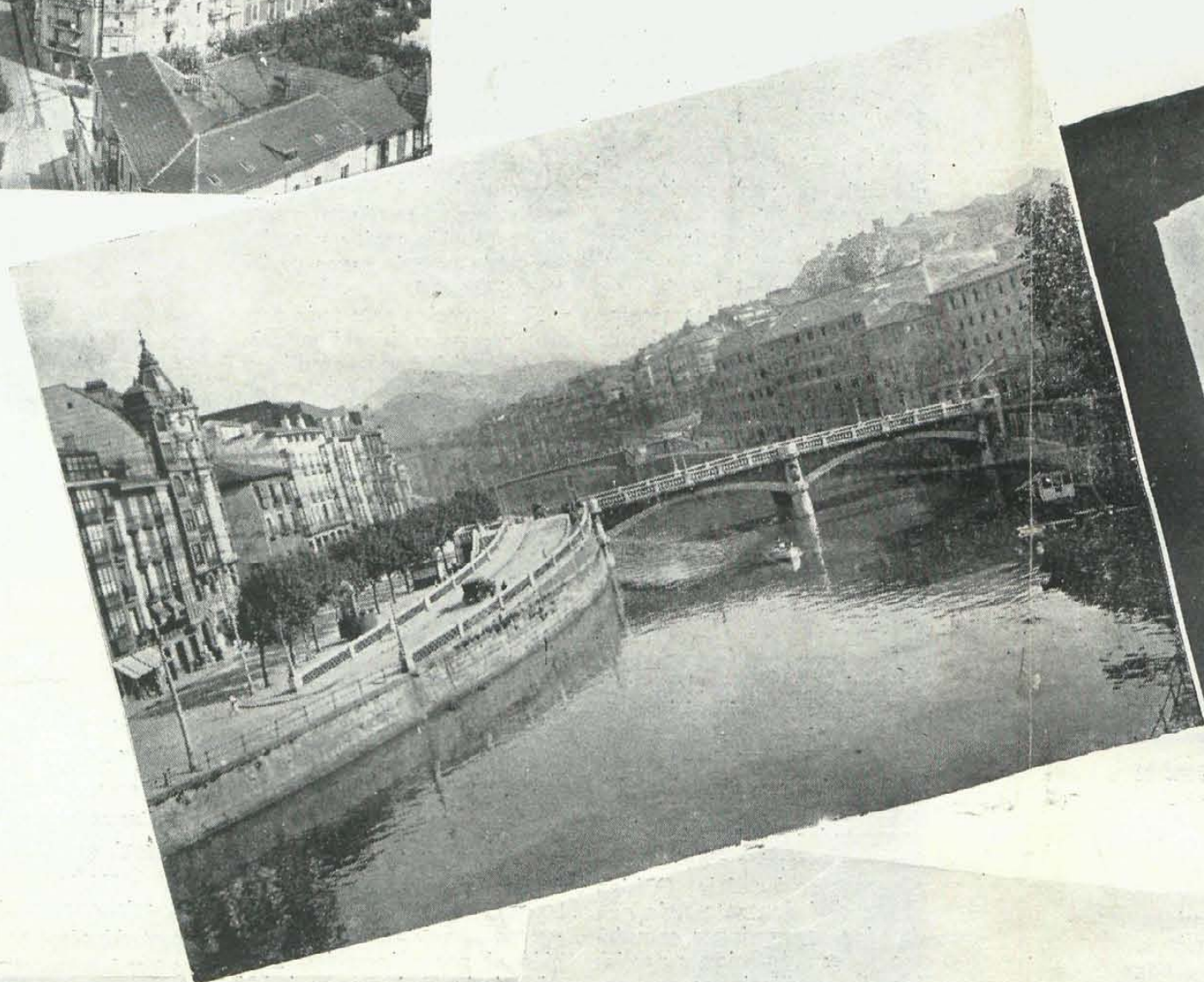
Antonio AGRAZ.

¡¡EUZKADI!!



El mundo civilizado, se conmueve en esta hora, vibrando de indignación, ante la mueca fascista, que en un último estertor de agonía, enfila sus morbosas apetencias, sobre la mil veces invicta, ciudad de Los Sitios.

Bilbao, es objeto, de la más abyecta de las agresiones. El depósito tradicional de una democracia imperecedera quiere ser violado, por los delirios imperialistas. Pero el pueblo vasco, en pie, amurallado por su razón y su fé, le hace frente, a los invasores, deteniendo con un gesto emocionadamente viril, todo el empuje de las armas extranjeras, profanadoras de todas las esencias que distinguen a este pueblo libre, orgullo de España.



En cada fusil, en cada pecho, en cada fibra del alma española, no debe alentar en estos instantes de profunda inquietud, más que un solo deseo; ¡Salvar a Euzkadi! Nadie, por pequeño que pueda ser su esfuerzo, debe regatear éste, en beneficio de la causa, que es causa de todos. Bilbao, no será nunca del fascismo. Lo proclama muy alto, el espíritu unánime de los soldados del ejército popular, que concentrado en un solo punto de mira, rechinan su coraje, dispuestos a acometer en todos los frentes, para de esa forma, colaborar directamente, en la magna obra de librar a Bilbao del cerco, que le amenaza. La ciudad secular, maravilla de todas las civilizaciones, será libertada pronto.



EN LOS FRENTE DE TERUEL

La 59 Brigada del 13.º

Las mujerucas, tocadas del pañuelo negro a la cabeza, se asoman al paso de la comitiva. Los hombres levantan del surco la mirada para contemplar el cortejo. Los pueblos dormidos de Teruel saludan con puños cerrados y manos entrelazadas el paso del Estado Mayor, que, a caballo, por entre riscos, se dirige a los puestos avanzados de los distintos sectores. La guerra de montañas tiene el sabor de las estampas clásicas. Huele a tomillo y sañean los pinos nuestros pulmones, invitándonos a vivir. Pero vamos camino del escenario de la muerte. Caminamos hacia la guerra. Nuestros pasos siguen los vericuetos que ya han traspuesto los jefes y oficiales del Ejército popular. Nuestro rumbo son las alturas del Albarracín. Los soldados que de las milicias confederales salieron esperan hace diez meses una orden de ataque. Pronto tendrán ocasión de expresarlo así al Coronel Velasco y al Jefe del sector de operaciones que cubre el oeste del objetivo, Teruel.

Bronchales, escuela al aire libre de campesinos y soldados.

Nos hemos detenido en Bronchales. Los parapetos de



El coronel Velasco y el jefe del sector de operaciones, con el Estado Mayor, recorre paso a paso, frente que cubre el oeste del objetivo: Teruel. (Fotos Yubero)

avanzadas se elevan en el espacio dominando una llanura que es un vergel. Confundidos con los soldados están los ciento cincuenta vecinos que se han decidido a regresar al pueblo. Muchos de ellos, que fueron arrancados de sus albergues cuando el fascismo

abandonó el pueblo, han logrado durante la noche burlar la vigilancia de los centinelas y regresar, por caminos que sólo ellos conocen, al lugar donde están enterrados sus mayores. Hemos hablado con el Secretario de los campesinos. Ya está hecha la colectividad.

—¿Cómo va la cosecha?

—Poco hay que entender de campo para ver lo buena que se presenta, compañero. La colectividad no siente más peligro que el de la recogida. ¡Hemos quedado tan pocos brazos en el pueblo!

—Pues nosotros—dice un soldado que escucha nuestro diálogo, en los ratos que nos dejen libres los «pacos», pediremos permiso a los Jefes para ayudarles.

—Ya vosotros tenéis buen trabajo, el de proteger nuestras faenas. Ese llano está a tiro de fusil del enemigo. Y ese trigo no quedará sin que venga al granero de la comuna. Pero para ello confiamos

en que los fusiles del pueblo defenderán la siega.

—¿Cómo funciona vuestra Colectiva?

—No hace ni un mes que la tenemos formada. El campo lo habíamos sembrado todos, bajo la tiranía de los dueños, y los que eran nuestros, con las horas que el trabajo en otras faenas nos dejaban libres. Por eso, cuando nos lo hemos encontrado de nuevo, prescindimos de lo tuyo y de lo mío. Esto es de todos los trabajadores. Aquí en el pueblo quedará lo que se precise escuetamente. El resto para que a ningún soldado le falte el pan. Estos son los puntos fundamentales que todos hemos suscrito al firmar el acta de la colectividad. ¡Si vinieran a ayudarnos, acabaríamos en poco tiempo, y Bronchales no tendría por qué temer años malos! ¡Bien que vamos a administrarnos!

Y el Secretario de la colectividad mira al campo una vez más; sus ojos se deslumbran



Un puesto avanzado, en la línea de fuego

INFORMACIONES DE ACTUALIDAD

Cuerpo de Ejército

con el frisado de las mieses, y se despide de nosotros para asistir a la escuela.

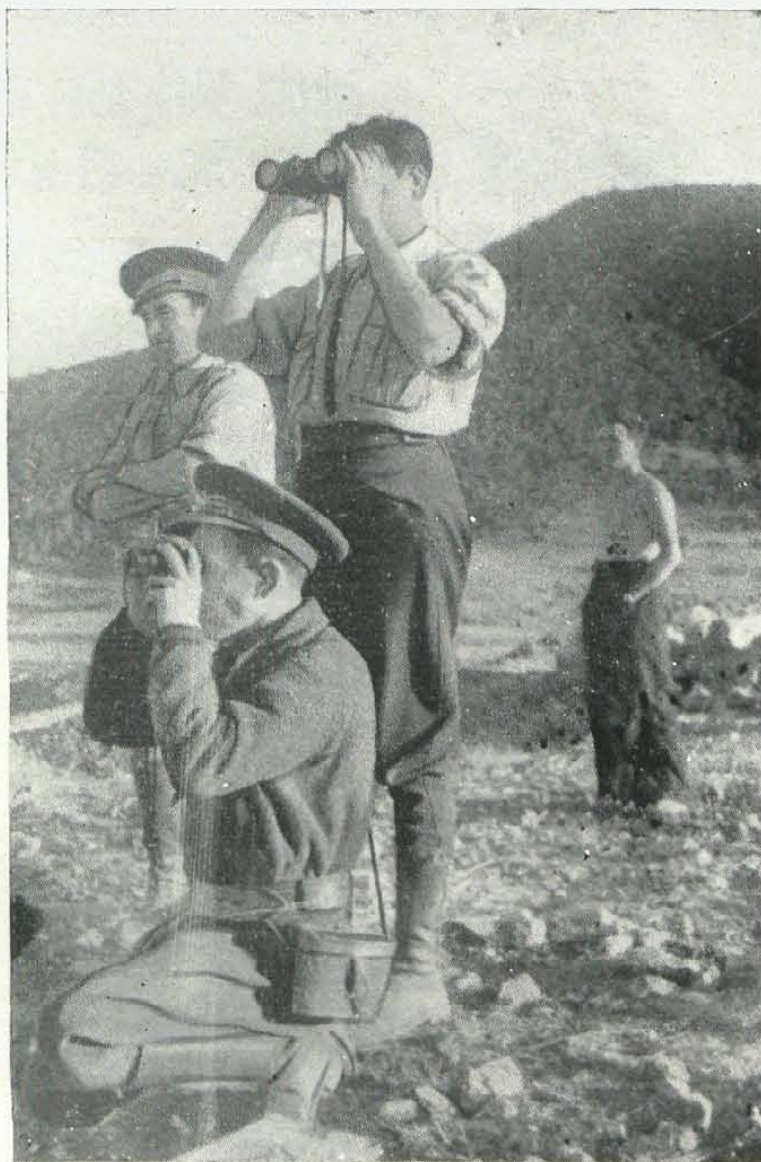
La labor cultural y pedagógica al aire libre.

La escuela posee las condiciones más refinadas del sistema pedagógico moderno. Libros, maestros, alumnos, todos confundidos en amigable reunión sobre el césped. Entre los alumnos, campesinos y soldados analfabetos. ¿Maestros? Todo aquel que posee conocimientos que facilitar a sus compañeros. Ya no queda un soldado que no sepa firmar. Casi todos deletrean, y muchos han logrado escribir pacienzadamente a sus seres queridos. Nos relieren una anécdota del aula manjoniana. Un soldado, que después de cuatro años de servicio, no hubo forma de que aprendiese a leer ni escribir, pasando en los calabozos la casi totalidad del servicio, por hacer su analfabetismo rebeldía contra los tiranos, es hoy el alumno más aventajado. Acudió espontáneamente a la Escuela, pidió que le educasen, y cuando ya va camino de ser un hombre conocedor de lo más elemental, ríe y bromea con su pasado, contándolo a los compa-

ñeros. Una vez más fracasó con el compañero el adagio brutal de la escuela clerical: de «la letra con sangre entra». Es el campo, es la vida libre, la que ha despertado en este mozo el afán de instruirse, aprender y ser útil a sus semejantes.

Sigamos con la visita de «inspección».

Pero no nos detengamos en la «retaguardia»; sigamos la visita de las posiciones avanzadas, aun cuando nos separe una de otra poco más de los cincuenta metros. El Teniente Coronel consulta planos, atisba el horizonte, inquiera datos del Estado Mayor y toma apuntes. Su Capitán ayudante nos habla con calor de su jefe. ¡Así lleva desde que estalló el movimiento! No obstante su edad, que ya no es nada joven, no pasa un sólo día en la ciudad. En Barracas, apenas si tiene tiempo que no sea empleado en organizar todo lo concerniente a las operaciones. Cuando va a Valencia, sólo vive allí unas horas, las precisas para dar cuenta de sus proyectos y recibir órdenes del Alto Mando. Hoy viene por primera vez a visitar el



Frente a Sierra Carbonera, los jefes ojean el horizonte, donde se abre en abanico la línea enemiga

frente ampliado que manda. Pues ya lo verás; seguramente nos tendremos que quedar a dormir en cualquier parapeto, porque se hará de noche, y el Coronel seguirá visita tras visita, sin reparar en los cientos de kilómetros que nos separan de un lugar confortable.

Y los soldados ven alejarse los coches del Estado Mayor, sin comprender tanta ida y venida. Ellos quisieran adentrarse en los secretos designios del Mando. Sobre todo ellos sólo desean saber cuándo se da la orden de avance.

Los «pacos» descubren nuestra presencia.

Desde Sierra Carbonera han visto nuestra llegada los facciosos. Nos saludan con una descarga de fusilería; que rápidamente es contestada por los bravos soldados del puesto avanzado que visita el Jefe de la División y del Cuerpo de Ejército. Unos minutos parapetados y otra vez el silencio. —Alto el fuego, muchachos.

—Ahora tenía yo a tiro un tricordio—musita como el que se ve sorprendido súbitamente



De regreso de la visita de inspección, en Torriente, se dibuja una interrogación que el coronel Velasco, contesta, con una significativa sonrisa: ¿Cuando entramos en Teruel?

en una acción que necesita toda la concentración de los sentidos.

Suena un disparo suelto.

—¿Quién no ha obedecido la voz de alto?

—Ha sido un escape.

—Que me parece que no le ha hecho mucha gracia a aquel guardia civil—dice un oficial, que seguía el movimiento del fortín enemigo con los prismáticos.

—Se ríe la incidencia, se festeja el «tiro suelto» y sigue su ritmo protocolario la visita.

Estrategia de café.

Regresamos a Terriente, con la visión de todo un frente de los que menos atención mereció siempre por parte de la prensa oficiosa. Parece como si los soldados que cubren en precario una extensión de terreno tan vasta, no mereciesen tanta asistencia como el resto de la Brigada. En tanto el Estado Mayor, reunido, cabildea sobre asuntos velados para el acompañamiento de ocasión con que se ha visto sorprendido con nuestra presencia en aquellos lugares, Yubero, Lucas y el que esto narra, se entretienen en la única distracción que el ocio en la guerra nos depara y en hacer estrategia. Una estrategia de café, pero sin el rico moca, ante un succulento rancho que hierve en el hogar de la casa rústica que nos sirve de apeadero.

—Yo creo que esto está a punto de ser algo más que una sombra de frente.

—El cerco de Teruel se tiene en cuanto el mando lo ordene.

—No hay más que hacer esto y lo otro. Que lleguemos a tal y cual sitio, que con golpes de sorpresa cubramos tal o cual objetivo, y... si por nuestra conversación fuese a cambiar el curso de la guerra, seguramente estaríamos y a entrando en las calles de Teruel. A la vista, es empresa fácil. Ojos profanos como los nuestros quisieran demostrar la veracidad de nuestra gran perspicacia y condiciones de estrategia, pero ante la presencia de los jefes, reaccionamos y seguimos en el papel de meros espectadores. Le hacemos una pregunta al Coronel Velasco:

—¿Cómo encuentra estos sectores del frente de Teruel?

—Ya lo ven ustedes. Esto va muy bien. Puede que mejor que lo que yo suponía al llegar a él.

—¿Cuándo entramos en Teruel?

—...

La contestación quedó en estos puntos suspensivos. En ellos puede que encuentre el lector materia para imitarnos y seguir la estrategia de «café», que nos consumió breves minutos en aquel parador del pueblecito de X, en tanto el

Estado Mayor estudiaba con serenidad lo que a nosotros nos está vedado conocer. La forma de hacer más práctico un frente del que hasta estas horas lo fué. Teruel, a la vista desde hace meses, puede que pase pronto a la categoría de pesadilla para los facciosos. Si por la moral de las tropas del Albarracín dependiera solamente...

ESTAMPAS DE LA GUERRA

Dolorcita Dobón, espera postrada en la hamaca del dolor, la llegada del miliciano, que caza para ella



Dolorcita, no pudo evacuar su casa, cuando los fascistas tomaron el pueblo. Tampoco se pudo mover de ahí, cuando en la huida, los cobardes, invasores bombardearon el indefenso lugar... (Foto Yubero)

La simpatía de la enfermita, que, postrada en una hamaca, toma el sol en la terraza de su vivienda, irradia hacia los parapetos, donde el soldado atisba los menores movimientos del enemigo.

—Allí viene Maximiliano.

—Y trae perdices y conejos abundantes en el morral.

—Todos son para la «cojita».

Y la «cojita» no lo es aún, afortunadamente. La ciencia del médico del Batallón, del joven y culto galeno Constan- cio Merchante, ha prometido que no lo será. La lesión grave, que tiene postrada a la be-

lísima Dolorcita Dobón, desde hace meses, ha encontrado el camino de la curación. Para que nada la falte, tiene el cariño de todos cuantos viven y defienden el pueblo de Bronchales, a dos pasos del enemigo.

Dolorcita no pudo evacuar cuando los fascistas tomaron el pueblo. Tampoco pudo separarse de su casa, cuando, en la huida, los facciosos bombardearon el indefenso pueblo. Postrada en su cama, fué testigo de la invasión, de la crueldad de los falangistas y requetés, y de la liberación por las fuerzas del pueblo de su lugar de nacimiento. A sus veinte años, la tristeza no ha logrado invadir su rostro. Acaso sea la ingénita bondad la que hace estar siempre alegre, para no apenar a los que le rodean. Ya hemos dicho que todos la estiman y hablan con pena de la desgracia por que atraviesa.

Un día, Maximiliano Hernández se presentó ante sus jefes con la siguiente petición:

—Quería permiso para aprovechar las horas de descanso y dedicarme a cazar por estos montes.

—Comida no falta, compañero, y el riesgo de andar alejado del Batallón no lo compensa lo que puedas traer del monte.

—Mi capitán. Yo no pensaba cazar para mí. Es que la «cojita» necesita alimento.

Y desde aquella fecha, a la enfermita, que vió pasar la crueldad bajo sus soleados balcones, no le ha faltado lo que para ella sale a buscar el soldado cazador. En este momento que la sorprende Santos Yubero, Maximiliano le hace entrega de las presas que ella agradece con esa su sonrisa de siempre, sonrisa que más de agradecimiento es de ánimo para que siga utilizando el arma, pero no la de caza, contra los animalitos que viven libremente en el monte, sino el fusil hacia el fortín contrario donde acecha la traición y la negrura, que no pierde la esperanza de poder caer sobre el pueblo liberado para repetir sus fechorías, robar cuanto encuentra a su paso y espantar a los vecinos con el gesto cruel de sus zafias maneras.

Eso parece que dice la sonrisa de Dolorcita Lobón, cada vez que el muchacho viene con el regalo, conseguido en las horas de permiso para que no falte a la «cojita» lo que dijo el médico.

LA SANIDAD EN LA GUERRA

Llevamos más de diez meses de lucha, y es preciso que a estas alturas, todos y cada uno de los cuerpos y servicios que laboran y cooperan a obtener el triunfo sobre la canalla dorada del fascismo, tengan los mejores conocimientos sobre como han de funcionar y actuar para rendir su mayor eficacia.

Por lo que afecta a Sanidad de guerra, nos interesa hacer constar que se organiza o debe organizarse de modo que cubra por completo el cometido que tiene asignado, ya que su papel es uno de los más importantes para alcanzar la victoria. Un Ejército que tenga perfectamente organizados los servicios de Sanidad, está en las mejores condiciones de vencer al adversario. Por el contrario, si estos servicios, por cualquier concepto faharan, no tardaría en sobrevenir la desmoralización.

Hasta ahora sólo se ha luchado, por lo que hace a los frentes del Centro, por terrenos llanos, donde la evacuación se hace más rápida y fácilmente. Sin embargo, no siempre se habrá de desarrollar la lucha en estas condiciones, y es por ello que interesa aclarar el medio de hacer las evacuaciones de heridos, cuando las condiciones del terreno varíen de las de ahora.

Hay que distinguir las tres formas de evacuación que pueden darse en la guerra: A pie, a lomo y rodada.

La evacuación a pie, la hacen los compañeros camilleros, que recogen los heridos en la línea de fuego y los transportan en camillas al Puesto de Socorro más próximo. En este puesto de socorro se hace la primera cura al herido. Se clasifica a éste, según la gravedad e importancia de la herida que padece, y se le evacúa al Hospital de Sangre; puede haber un puesto Central de Socorro, que es adonde confluyen los heridos procedentes de los distintos Puestos de Socorro; y en este caso, en este Puesto de Socorro Central se hace la clasificación.

Para el traslado desde el Puesto de Socorro al Hos-

pital de Sangre se emplean la evacuación a lomo, o la evacuación rodada o mecánica, según los casos. También existen los trenes hospitales y barcos hospitales.

Cuando el terreno es accidentado, se hace a lomo la evacuación por medio de mulos y artoías. Previamente, se instruirá al personal sanitario que haya de hacer esta clase de evacuación de esta clase de eva- cuados y material. Con cada Columna puede ir una Sección de esta clase de eva- cuación a lomo.

La parte mecánica en la evacuación está a cargo de coches ambulancias, que trasladan los heridos a los Hospitales de Sangre de la retaguardia. Cuanto mayor número existan de ambulancias, más pronto y mejor será hecha la evacuación de los heridos a los Hospitales.

Conviene que cada miliciano lleve consigo su correspondiente paquete de cura individual, para que el mismo pueda hacerse la cura, si la herida lo requiere con urgencia o no es muy grave. En las Secciones de evacuación a lomo van caminas, artoías, botiquines y cestones. Constan de unas veinte cargas. Y las componen sesenta hombres.

El paquete de cura individual lleva un pañuelo triangular, paquete de algodón, otro de gasa y unos impermeables. Todo ello aseptico.

La bolsa de curación la lleva un sanitario, y consta de elementos de cura en mayor cantidad.

Nada más he de añadir; sólo deseo que todo esto sea tenido en cuenta, por quien proceda, para que nada falte a los valientes milicianos que componen el glorioso Ejército del pueblo, que con tanto valor y heroísmo está luchando desde el primer momento para salvar la Libertad y dignidad de España, amenazadas por la reacción mundial y apoyada por unos traidores que no tardarán en ser aplastados para siempre.

Cándido PEÑA,

Del Sindicato Unico de Sanidad.

Diversas categorías de ARTILLERIA

por el GENERAL CARDENAL * * * * *

(Continuación.)

En todo caso, allí en donde los fuegos de las ametralladoras contrarias dominan el terreno, sería de desear de disponer de una artillería blindada y automovil, capaz de reforzar y prolongar la acción de los ingenios blindados y automoviles existentes en la actualidad, es decir, los cañones de 37 m/m. y las ametralladoras montadas en los carros de combate. Se tendrían, entonces, unos carros de COMBATE LIGEROS DE ARTILLERIA, dispuestos unos para el tiro rasante y otros para el tiro curvo, armados con piezas cuyo calibre pudiera ser de 7 cm. los primeros y de 8,5 cm. los segundos; tal vez algunos de estos carros pudieran ser armados con artillería de trinchera de mediana potencia (150 m/m.).

Artillería pesada corta y artillería pesada larga.

A igualdad de calibre un obús se desgasta menos que un canon; su alcance máximo es menor, pero a igualdad de alcance es mas preciso. Por estos motivos debe emplearse con preferencia el canon no solo para la destrucción, sino tambien para la contrapatería.

En cuanto aumenta la distancia el cañón recobra su supremacia, es el útil para la acción lejana: contrapatería, hostigamiento, prohibición, destrucciones, etc., siendo función del calibre y de la distancia el calibre que precisa emplearse en cada caso. Por ejemplo: tratándose de prohibición o de hostigamiento, misiones que no requieren potencia, es lógico emplear el menor calibre que proporcione el alcance necesario.

Artillería pesada de gran potencia.

De la artillería pesada corta o larga a la artillería pesada de gran potencia, la transición es insensible. La última prolonga los efectos de la primera, tanto en lo relativo a potencia destructora como a alcance. Responde a necesidades especiales; tiros a muy grandes distancias (superiores a 20 o 25 kilómetros), o destrucciones de mucha consideración, a distancias medias (de 10 a 15 kms.), o a distancias aun mayores.

Matemáticamente hablando, no puede fijarse límite superior ni al alcance ni a los efectos que se le pueden; será de desear un alcance cada vez mayor y una potencia de destrucción creciente su cesar.

La artillería es por fuerza muy onerosa, no sólo de fabricación, sino tambien de entretenimiento; por tanto, no puede existir de ella mas que un corto número de piezas.

Artillería de trinchera.

Esta artillería, que nació con las necesidades de la guerra de trincheras, se desarrolló poco a poco durante la campana (Gran Guerra), sin adquirir una forma definitiva satisfactoria.

Al principio se trato de crear una artillería rustica poco costosa, que permitiera sustituir de momento a la artillería pesada y también la utilización de ciertos explosivos, que proporcionarse a muy corta distancia, es decir, en las proximidades a la primera línea, trayectoria con ángulos de caída muy grande y sin una dispersion peligrosa para las tropas propias..., etc.

Luego, en las grandes ofensivas, se le encomendó la destrucción de las primeras organizaciones enemigas. Más tarde, cuando se volvió a la guerra de movimientos, se hicieron algunas tentativas para emplearla en el acompañamiento inmediato, pero los resultados obtenidos, aunque muy interesantes, no parecieron concluyentes.

Esta artillería, hoy por hoy, parece susceptible de desempeñar papeles principales:

A) **En período de estabilización.**—Satisfacer las necesidades corrientes de la vida de sector, con un material tal como el 150 T (hostigamiento, represalias, preparación y apoyo de golpes de mano), y además participar en las preparaciones de ataque con el material de 150 T, reforzado por otro más potente, tal como el 240 T.

(Continuará.)

DE COLABORACION

Palabras de uno

¡LIBERTAD! Palabra que todo lo abarca. ¿Quién no pensó en ella, por negra que tuviese el alma? ¿Cuántas veces he pensado, hemos pensado en esta palabra mágica que enardece y nos hace vibrar todos nuestros sentidos al pronunciarla! ¡LIBERTAD!, majestuosa palabra, solamente con pronunciarla sentimos ensancharse nuestro corazón, y prometemos morir defendiéndola. Hoy es nuestra lucha; ayer, por ella luchamos y con gran satisfacción, si es necesario, por ella moriremos. ¿Qué acierto más grande ha tenido la División «D» en poner por título a su paladín semanal «LIBERTAD». Al leer el título que encabeza este diario, será el acicate que nos conducirá a la victoria. ¿Cuántas

veces hemos visto a compañeros nuestros en sus últimos momentos; cuando, agonizantes por el puño fascista, nos miraban y decían: yo muero, pero me voy tranquilo y satisfecho, porque he sabido defender la patria por la cual hemos luchado tantos años. ¿Continuad defendiendo a vosotros también, y si es preciso dar la vida, ofrecida en holocausto de la libertad. Nosotros, naciéndonos eco de las palabras de nuestros compañeros caídos, prometemos defender la libertad, con el mismo tesón y entusiasmo que ellos lo hicieron, y esperamos que en fecha no muy lejana ondee la bandera por la cual nuestros compañeros dieron su sangre con tanta generosidad.

Primer número, olvido, justificaciones por el poco tiempo, nadie se ocupó para nada del Jefe de la División, compañero Marcelo Hernández, que desde la obra en la cual ganaba el sustento diario para él y para los suyos, la Organización le convirtió en su representante y del Gobierno también, en la que fue Columna «Del Kosab», y hoy, por su trabajo sin límites, se encuentra convertida en la División «D», y que, por su abnegación y bravura, será la honra del Ejército del pueblo y de las ideas acratas también.

Olvido también, ya que apenas se habla casi nada de lo que se tenía que hablar, de una de las pocas palabras que hay que pronunciar con mayúscula, MILICIANO, el que lo da todo, sin exigir nada; el que sólo piensa terminar cuanto antes mejor, para volver a su lugar de trabajo; el que de noche, vigilante en su parapeto, con su fusil en la mano, haga frío, llueva o pase lo que pase, permanece inmóvil, y hasta a veces paga su constancia con la vida, y todo por la libertad que tanto ansiamos, y buena factura de sangre estamos pagando por ella. Y todo esto lo hace el miliciano, y mucho más si es preciso, porque piensa sin poder en la mayoría de los casos desarrollados en su pensamiento en lo que sería de nosotros si él tuviera un descuido; y, sin embargo, en la mayoría de los sitios no han sido capaces de comprender a estos modernos «Espartacos».

El otro día, en una visita que hice al frente, hablaba con los del Batallón «Juvenil Libertario», una de las glorias paridas, entre tantas, por la C. N. T., y desde su Comandante, Dionisio Fernández, hasta el último soldado, no había más que una compenetración en todo un bloque de granito, que nada ni nadie podrá romper por la forma en que han llegado a compenetrarse. Y luego que hablen los que se llaman «controlados», que aquí en este Batallón se les puede dar ejemplo, de todo lo que pidan, de disciplina, valor, desinterés y respeto, sin que exista para



El singular luchador compañero J. Torres, que viene dando cima a una admirable labor frente a la guerra a la revolución.

nada dentro de ellos la disciplina absurda que para todos murió el 18 de julio, y que algunos están dispuestos a que resucite. Desde luego no han contado con nosotros.

En mi visita a los parapetos, pude apreciar la libertad de ideas que existían entre ellos. Había jóvenes libertarios, libertos productos de la sociedad pasada, que se unieron a nosotros el 18 de julio, y que mañana, cuando esto termine, darán ejemplo a los que se titulaban buenos, y a ellos les arrojaban a lo que se llamaba cárcel, para que una sociedad llena de prejuicios les señalara con el dedo, como a seres que no eran hermanos nuestros; pero ahora habrán visto quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos, y ahora los «libertos» luchan por lo que les negaba la sociedad, dando su vida para que ésta sea libre; y cuánto agradece la C. N. T. estos gestos.

«LIBERTAD», has venido a llenar un hueco que tanta falta hacía llenar, obra del Comisario Villanueva y de todos los comisarios de la División y del Comité de Defensa, que tan interesado estaba por que las fuerzas de Cuenca tuviesen su voz desde este segundo número el Comité de Defensa.

Salud a todos los jefes, oficiales, comisarios y a los bravos milicianos, y desde «LIBERTAD» os prometo que junto con todos vosotros iré a la conquista de la libertad de España, para luego continuar en el último rincón del Mundo donde haya un ser humano que no sea libre.

¡VIVA LA DIVISIÓN «D»! ¡VIVAN LAS BRIGADAS 59, 60 y 61, y VIVA LA LIBERTAD!

Cuenca, junio de 1937.

J. TORRES.

El maestro y los niños grandes



¡Ya viene el maestro! Por vez primera he sentido una emoción intensa en mi espíritu profesional. Confieso, sin vergüenza, que había tenido, hasta este momento, cierta aversión a la enseñanza primaria. Había volado demasiado alto. Creía, en mi ambición, que sólo las cumbres de la enseñanza proporcionarían fruición a mi «yo» docente.

Hoy he comprendido mi error. Me deleitaba soñar. Soñaba con conferencias que sirviesen de clases. Mi orgullo no se allanaba a enseñar las primeras letras. En mi alma había de continuo un choque entre mis facultades. El corazón luchaba con la cabeza. El cerebro tenía que elaborar sensaciones. En mi conciencia había dos polos. No admitía la zona neutra o de indiferencia que Segi admite y que no niegan ni Wundt ni Külpe. Para mí esa zona intermedia era un punto matemático irrealizable en el dominio de la experiencia.

He corrido bastante. Mas no he sentido la menor fatiga. He llegado a las trincheras. Varias voces amigas me reciben con un compañerismo, rayano en la cordialidad. —Oiga, maestro—, para estos compañeros aún somos superiores a ellos —¿qué vamos a hacer hoy? Pónganos cuentas, muchas cuentas; queremos distraernos en nuestros momentos de largo y continuado ocio. Les pongo cuentas; algunos hacen hasta quebrados. Escriben al dictado; ya hay varios que escriben sin faltas de ortografía. Estos mismos

muchachos eran en su mayoría analfabetos.

¿Qué satisfacción siente uno cuando, al llegar a las chavolas, oye a algún compañero: «Maestro, ya leo las cartas de mi compañera. De aquí a unos días podrá leer ella la primera carta escrita por mí. Se pondrá contenta, ¿verdad, maestro?»

Otra satisfacción: la felicitación del Teniente pagador. Este compañero está más contento. Conoce ya a todos. A veces se le oye decir: «Oye, moreno, ¿has firmado hoy la nómina?» Y ese niño grande, que ha puesto todo su interés en aprender a escribir, le contesta: «Mientras nos jugamos la vida en las trincheras, EL MAESTRO también se la juega para que no vaya en lo sucesivo ninguna nómina sellada con el dedo. Todo es el producto de una revolución. Revolución en la vida y revolución en las conciencias y en el espíritu.»

¿Quién no baja de las alturas pedagógicas para vivir en el llano con estos muchachos, todo voluntad, que saben sacrificarse entre el ruido espantoso de bombas y obuses y el continuado tableteo de las ametralladoras? Ya no me acuerdo de las conferencias.

El maestro es un niño grande más con estos muchachos. Está haciendo la revolución en la vida cultural.

Junio 1937.

AJOTACE.

Sugerencias

Al pueblo español, ya no se le engaña

Estamos asistiendo a una lucha terrible, a una lucha final, donde se juega la suerte: Capital y trabajo, explotados y explotadores.

Es el fascismo, ideal corrupto y miserable, que el día 19 de julio se alzó contra el pueblo, que aunque de una manera no muy rápida iba emancipándose y adquiriendo sus libertades.

Sabía muy bien el fascismo que el pueblo iba dándose cuenta del engaño e incultura a que lo tenía sumido, y antes de que el pueblo pudiera pedirle cuentas de su crimen se alzó contra éste para aplastarlo y someterlo aun más a una miseria y esclavitud espantosa.

Al pueblo ya no se le engaña. Los muchos años de lucha y experiencia le han hecho abrir los ojos de par en par y darse cuenta de la triste realidad.

Por esto el pueblo, desde el primer momento del movimiento ha correspondido, corresponde, y mientras exista un hijo del pueblo, un auténtico antifascista, el fascismo no triunfará.

Sabe el pueblo muy bien lo que se está jugando. Sabe muy bien el pueblo lo que significa el triunfo del fascismo y lo que representa nuestro triunfo.

Es el español abiertamente libertario, opuesto a toda clase de opresión. Hoy da pruebas palpables de ello.

El fascismo no pasará. Para esto está el pueblo para impedirlo.

Para impedirlo tenemos el Ejército popular, para impedir, para aplastar de una vez y definitivamente al fascismo.

Para este caso necesitamos disciplina, ya que sin la disciplina no hay posibilidad de victoria. Nuestro Ejército, el Ejército de la victoria y del progreso, ha de ser disciplinado.

Debemos respeto a nuestros superiores. Diligencia y buen acierto en nuestras cosas.

¡Disciplina para aplastar al fascio!

Ramón Montoya Rodríguez,
Brigada de la 1.ª Compañía. 60 Brigada.



EL PUEBLO DUEÑO DE SU DESTINO

Como consecuencia del entusiasmo y ansias revolucionarias, incumbido al pueblo por las Organizaciones, que llevan en sus aspiraciones sociales el bienestar supremo de la Humanidad. Después de haber sostenido medio siglo de lucha abiertamente contra los enemigos del mismo, época en que los hombres que sustentaban los principios ideológicos, del progreso y bienestar, eran maltratados, perseguidos y asesinados por la hiena fascista de todos los tiempos. El pueblo supo el día 19 de julio, cuando unos generales traidores y egoístas vendían su patria al fascismo italiano y alemán, a cambio de armas mortíferas que más tarde utilizarían en los frentes de combate contra el pueblo español, fué esa fecha inolvidable para los antifascistas del mundo, para los pueblos democráticos, cuando los trabajadores españoles, todos en armas, y movidos por una aspiración común, se lanzaron a las barricadas, enfrentándose con los mercenarios que provocaban la guerra civil, que riega de sangre el suelo ibérico.

Fué desde esa fecha para las revoluciones del mundo productor, cuando los trabajadores ibéricos fueron dueños de su destino, y dándose cuenta de la hora que vivían toda

la juventud antifascista, fusil al hombro, marcharon al frente a dar su vida para defender sus libertades. Hicieron fracasar las intenciones de los traidores, ante cuya impotencia intervinieron de una forma decisiva, mandando divisiones y demás efectos de guerra, los países fascistas del mundo.

Siendo el pueblo dueño de su destino no podía permitir que los invasores extranjeros se adueñaran de España, creando nuestro potente y disciplinado Ejército popular. Montando grandes industrias de guerra, como base para el triunfo de nuestra causa.

Y he aquí que después de diez meses de cruenta lucha, donde se han librado las batallas más grandes de la Historia contra el fascismo invasor, España cuenta con un Ejército como jamás lo hubiera soñado, disciplinado, culto y técnico.

Cada uno de los soldados de nuestro Ejército es un nuevo «Espartaco» liberador de esclavos, es el forjador de un nuevo mundo, de hombres libres; es el portador de una nueva civilización de felicidad y de la paz del pueblo.

El Comisario del
4.º Batallón.

Embú, 7 junio 1937.

Realidades

La disciplina garantía del Ejército

Vosotros, reclutas del treinta y uno, que estuvisteis cumplimentando los deberes militares en el ejército que el pueblo caduco el 19 de julio, a vuestra nueva incorporación a filas al glorioso Ejército del pueblo habréis observado la diferencia tan grande que existe de uno y otro.

Mientras en el primero no había más que unos jefes con fueros sin igual, sin preocuparse de la educación moral e intelectual de sus soldados, sino de divertirse y lucir sus llamantes uniformes.

En este nuevo y gran Ejército del que vosotros ya formáis parte, habréis notado la transformación tan notable que existe, tanto en disciplina como en la renovación de la cultura.

Estamos plenamente convencidos que para formar un Ejército es indispensable la disciplina.

¿Como lo hacemos? Cumpliendo cada uno con nuestro deber.

Debemos ser conscientes, para que esta disciplina que las circunstancias nos imponen no se nos haga inllevadera.

El soldado como soldado, el cabo como cabo, el sargento como sargento, el oficial como oficial, etc., debemos todos y cada uno de nosotros cumplir con nuestras obligaciones y comprometerse con nuestros cometidos.

De esa forma ganaremos la batalla a esos misérrimos asesinos de militares traidores, que han invadido nuestro suelo de gente mercenaria, sin poder esperar de ellos más que el crimen y la miseria, a la cual tenían sometido al heroico pueblo español.

Para que después de vencidos hagamos a la par que un gran Ejército un gran pueblo, que con su cultura lo mismo que el Ejército con sus armas y soldados bien disciplinados, exterminen para siempre a la maldita fiera fascista.

¡Reclutas, adelante!
¡Viva el gran Ejército del pueblo!

E. GIL,

Teniente de la 4.ª Compañía,
2.ª Sección, 60 Brigada.



¡¡DESOLACION!!

Musa preferida por ese alma negra del fascismo internacional, que no vé dique sentimental alguno en el desenfreno de sus apetitos bastardos. El lápiz de Souto, ha sabido recoger en este sincero apunte el desorbitado dolor de la inocencia, meta única de los cobardes invasores. Pero... ¡¡les aniquilaremos!!

Imprenta del COMITE DE DEFENSA